



“Estamos en la época de la traducción”

Paolo Fabbri, italiano, estuvo en Buenos Aires para hablar del presente de la semiótica dentro de la sociedad. Dice que este es un momento donde la traducción como profesión y como mediación juega un papel fundamental para la comunicación de todo el mundo y explica la diferencia entre semiótica y semiología.

Paolo Fabbri

Nació en 1939 en la ciudad italiana de Rímimi. Transcurrió su adolescencia en un liceo militar, una "cárcel" de la que huyó para refugiarse en las palabras. Un refugio entendido en un sentido muy amplio, ya que de los estudios lingüísticos pasó a la semiótica, la comunicación de masas, la sociología y la filosofía del lenguaje, intereses que le llevaron a la creación del Centro de Semiótica y Lingüística de la Universidad de Urbino.

Hoy, convertido en uno de los principales referentes europeos en el campo de la semiótica, ejerce la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Bolonia, además de haber impartido clases en las universidades de Venecia, Florencia, Urbino, Palermo, París V y California (San Diego). Asimismo, ha ocupado los cargos de primer consejero de la Embajada Italiana en París y director del Instituto Italiano de Cultura en la misma ciudad.

—A veces se habla de semiótica y de semiología como si fueran lo mismo y otras veces como si fueran cosas distintas. ¿Qué significan?

—Ha habido distintos nombres para estas disciplinas. Por ejemplo: Karl Bühler, el gran lingüista alemán, hablaba de "signatología". Y hay una tradición inglesa que hablaba de *Semiotics*. Y la tradición francesa hablaba de semiología. La tradición *Semiotics* estaba más relacionada con Charles Peirce, con el pragmatismo norteamericano y con la lógica. La tradición semiológica estaba más vinculada a la lingüística y a la teoría discursiva y literaria. Se encontraron a fines de los años 60, en Varsovia, para la fundación de la Asociación Internacional de Semiótica y se hizo un acuerdo benévolo de llamar a todo *Semiotics*. Es decir que prevaleció la definición estadounidense, pero Saussure no quería llamarla *sémio-logie*. Saussure quería llamarla *segno-logie*. Pero para los italianos y para los españoles *segno* y *signo*, *signología*, no se entendía. Y entonces la llamó semiología. Pero era la idea de una disciplina potencial. La tesis de Saussure era que la semiología no existía, se hacía: era un programa de investigación. No era una disciplina sustantiva como la sociología, que estudia la sociedad. La semiología debía construir el conocimiento, no definirlo.

—Desde el punto de vista de la semiótica. ¿Cuáles son los signos que caracterizan esta época?

—Se dice que estamos en la época de la imagen, o sea que los signos son signos

icónicos. Yo no estoy seguro. Diría que para mi generación la música juega un papel fundamental. De modo que no creo que el signo icónico sea el dominante, entre otras cosas, porque como decía muy bien Jean Baudrillard, que era un viejo amigo: "¿Ven imágenes? Yo no veo ninguna imagen. Enciendo el televisor y veo personas que hablan". Con un poco de humor se podría decir que nosotros no vemos ninguna imagen porque vemos la imagen del noticiero donde una señora... habla. O sea que no es imagen, es lenguaje puro. Voy contra la "vulgata" que dice que esta es la sociedad de la imagen. No es verdad. Este período —la posmodernidad— en el que se había dicho que ya no había grandes relatos —el relato de la Ilustración, el relato de la utopía, el relato de socialismo— y que había relatos pequeñísimos, yo digo que hoy hay un gran relato y se llama mundialización. Y digo mundialización, como decía Jacques Derrida que no quería hablar de globalización, porque globalización implica uniformidad. Mundialización implica complejidad y la complejidad en este momento se especifica en traducciones.

—¿Qué significa que la complejidad se especifica en traducciones?

—Estamos en la época de la traducción. Mientras las culturas anteriores eran culturas nacionales, posnacionales, identitarias, etcétera, tengo la impresión de que asistimos a una enorme cantidad de traducciones lingüístico-culturales. Las traducciones no son lingüísticas, sino semióticas. El signo de hoy diría que es la acti-

vidad de la traducción entre, por lo menos, dos lenguajes. Creo que esas traducciones son consensuales y conflictivas. La guerra es un aparato de traducción terrible. Los estadounidenses están aprendiendo qué quiere decir "un combatiente afgano". Antes no lo sabían. Los rusos sí lo sabían. Los rusos lo habían aprendido pero no se dieron cuenta de qué significa combatir a un soldado afgano en la montaña. Por lo tanto, fue necesario aprender cómo piensa, cómo combate. La guerra es un trágico aparato de traducción precisa. Basta pensar cómo los rusos y los americanos terminaron traduciéndose durante la Guerra Fría. Y las traducciones son también ferozmente conflictivas. Pero también hay aspectos totalmente positivos. Y creo que es una característica específica de nuestra época. Por ejemplo, también en las artes, cuando yo era joven, la exigencia era que hubiera un específico cinematográfico, un específico literario, un específico televisivo. Ahora nadie cree en eso. Ahora todos saben que hay combinaciones, hibridaciones, etc. Yo a esto lo llamo traducción.

—El escritor sueco Henning Mankell ha dicho que en diez años todos los idiomas tendrán palabras en chino en su vocabulario...

—Es cierto, pero también es cierto que el español que yo hablo me ayuda a reconocer *al-jedrez*, y reconozco el árabe detrás. De lo contrario sería "scacchi", "chess". Y lo reconozco como estudioso. También cada persona utilizará cada vez más palabras árabes. El francés actual popular está lleno de palabras árabes. Y lo paradójico es que el inglés será cada vez más la *lingua franca*, pero una *lingua franca* como lo fue el español para América Latina, los latinoamericanos no hablan español. Si quieren, pueden escribir perfectamente el español clásico. Pero la lengua está evolucionando. Mi impresión es que seguramente el inglés sufrirá fenómenos de *lingua franca*. Como el latín. El latín antes de dividirse en varias lenguas era una *lingua franca*. Me apasionan estas operaciones de traducciones culturales, de traducciones intelectuales, los pasajes de ciencia a artes, las utilidades por los artistas de los resultados de los experimentos. Por ejemplo, esa idea de que las ciencias sociales proveen formatos espectaculares a la televisión —dramas sociales, psicodramas— es muy interesante. Es decir, me interesan esos fenómenos de traducibilidad y, para no hablar siempre de traducción lite-

"Las traducciones son también ferozmente conflictivas.

Pero también hay aspectos totalmente positivos.

Y creo que es una característica específica de nuestra época."

raria de todos los lenguajes entre sí. Con equívocos, errores, banalidades.

—¿Se puede pensar que la vida real se ha vuelto más interesante que la ficción? Pienso en la vida privada de Berlusconi...

—Una telenovela de gatos. Creo que sí, pero hay que tener presente que cada lenguaje cuenta algo pero también se cuenta a sí mismo. La literatura, el cine interroga al propio medio. No debemos olvidar que además de contar cosas que ciertamente son más interesantes que los relatos tradicionales, cada disciplina se interroga a sí misma. Hay en la literatura, en el cine, en el arte, una dimensión experimental. Y esa dimensión experimental conserva a la literatura, al arte su valor intrínseco. La ciencia también es así. La ciencia cuenta el mundo, experimenta el mundo, pero después reflexiona epistemológicamente sobre su propia actividad. Creo que hay una relación necesaria entre esos elementos. Y sostengo, desde siempre, que Berlusconi merecería a Balzac, porque Balzac habría construido algo incluso grotesco, hay un aspecto grotesco en Berlusconi. Pero no hay un escritor que sea capaz de transformarlo en lo que es: un personaje sorprendente, grotesco. Los italianos están desesperados porque cuando encuentran a un extranjero, estos les dicen: ustedes son como Berlusconi. Pero no es cierto: la política no es un buen traductor. La política traduce a un país, es cierto; hay verdades, como en todas las traducciones. Pero hay traducciones correctas y traducciones incorrectas. La política en Italia en este momento es una traducción parcialmente incorrecta de la vida cultural, de la vida social, del extraordinario interés de la vida italiana que es rica, compleja, pero que se traduce mal en política. La autonomía de la política es la dificultad de su traducibilidad.